

# TAYLLERAND, EL HOMBRE Y EL POLITICO

por *Sergio de los Reyes I.*

El personaje que en estas líneas esbozo a través de un corto estudio, ha sido uno de los políticos del siglo pasado más discutido. Y como todo hombre de figuración sobresaliente, ha tenido impugnadores y defensores que se han planteado el gran problema de saber si Talleyrand fué un ambicioso sin convicción alguna, que gozó del poder en el vicio y lo ejerció en la traición: o si, por el contrario, fué un político que sirvió a unos principios arraigados, siempre en la medida de lo posible, genialmente en las ocasiones trascendentales. No es la índole de este trabajo pronunciarse por una u otra tesis, sino destacar una vez más a Talleyrand como figura histórica actualizada por ser el precursor y arquetipo de los diplomáticos de nuestros tiempos ricos en Conferencias y entrevistas internacionales.

En efecto, cuando en los felices días de la pre-guerra veíamos un día en Berlín otro en Roma o en París, Sofía o Angora al solemne y seguro Von Papen: o cuando leíamos la lucida actuación del elegante e impasible Anthony Eden en la Conferencia de San Francisco, o también, cuando el cable nos comunica que Vishinsky, vice ministro de RR. EE. de la UR.SS., se ha revelado como el más hábil diplomático de las Conferencias de post-guerra, no podemos dejar de pensar, por una explicable asociación de imágenes, en aquel que les precedió y aún les superó, por reunir en sí todas sus cualidades juntas, como hombre y como político.

Veremos cada uno de estos perfiles, cuidándome de emitir juicios u opiniones que comprometan la imparcialidad del tema. Las citas han sido tomadas con este espíritu y además, para ayudar a la pluma del articulista a precisar situaciones y para dar tonalidad en ciertos pasajes.

## A.— EL HOMBRE

El primer problema que se nos presenta al estudiar a Talleyrand es su rostro enigmático que siempre impidió traslucir su estado psíquico. Tal vez gran parte de su éxito de debió a esto, cualidad valiosísima para un diplomático. Goethe que conoció a Talleyrand con ocasión de las entrevistas de Erfurt, quedó impresionado por la impasibilidad de su rostro, lo que le hizo decir ante el retrato de Gérard: "No he podido impedir el pensar en los dioses de Epicuro que moran allá donde son desconocidas la nieve y la lluvia, donde nunca alienta la tempestad". Los enemigos se obsesionaron con su rostro, le describieron trantando de hallar en él la huella de un mal que justificara el odio que le profesaban.

Jorge Sand escribió: "El labio convexo y apretado como el de un gato, unido al labio largo y caído como el de un sátiro, mezcla de disimulo y de lascivia; el pliegue desdeñoso en la frente; la nariz arrogante con la mirada de reptil, tantos contrastes en una fisonomía humana revelan un hombre nacido para los grandes vicios y las pequeñas acciones..."

El hombre necesitaba de ese rostro impenetrable. Vivió ochenta y cuatro años; nacido en el reinado de Luis XV, murió bajo la monarquía de Julio. Cincuenta y cuatro años actuó en la vida pública; desde que en

1780 fué elegido Agente General del Clen hasta que en 1834 abandonó la Embajada de Londres. Sacerdote representante de su orden y Obispo en el Antguo Régimen, diputado en la Asamblea Constituyente. Enviado a Inglaterra en ua misión que obedeció tanto órdenes de De Lessart como las de Dantón, Ministro del Consulado y del Imperio, Jefe de Gobierno en la Restauración, Embajador de Luis Felipe, sirvió, abandonó, derribó casi siempre las sucesivas situaciones políticas de la Francia de su tiempo.

Una vida como la suya necesitaba de su rostro hermético. Y ambos lograron para él, el deseo que expresó a la Condesa de Kielmansegge: "quiero que durante siglos se siga discutiendo lo que he sido, lo que he pensado, lo que he deseado".

Registrado por la mayoría de sus biógrafos —pero parece, no suficientemente estimado— un acontecimiento de su primera niñez, determina en gran parte, el carácter del hombr.

Cuando nace Charles Mauricio de Talleyrand Perigord (1754) una familia noble de Francia atiende a perpetuar su pasado y piensa que quienes vean la luz de ella sólo podráan lograrlo siguiendo su carrera de las Armas o perteneciendo a la Iglesia. El General Charles Daniel de Talleyrand y su mujer, estiman que una herencia de siglos les empuja a procurar la continuación en los hijos de un ayer glorioso y a determinar el camino que han de seguir para obtenerlo.

Es así como la vida de Talleyrand comienza a hacer historia por obra de la niñera. Esta, un mal día dejó al niño sibre una consola y el pequeño, inseguro o agitado, cayó al suelo; su pie derecho quedó deformado; ningún aparato evitaría en el futuro la visible cojera de Carlos Mauricio.

Carlos Mauricio era el mayor de los hijos vivos; había de heredar, pues, los títulos y las riquezas familiares —cualesquiera fuesen— que ostentaría como oficial del ejército del Rey. Indéntico destino al de su padre. Pero la caída obligaba a un cambio de rumbo, porque un cojo no podía emprender la carrera de las Armas. Los padres resolvieron el caso: heredero —de los bienes o de los honores o de la profesión— sería el hijo segundo; Carlos Mauricio seguiría a los antepasados ilustres que alcanzaron altas dignidades en la Iglesia.

No urgía hacerle conocer su destino. Antes, Carlos Mauricio pasó una larga temporada en la residencia de su bisabuela la Princesa de Chalais, que le hizo gustar los encantos de la vida del Gran Siglo, que parecía guardar intactos en su persona y en torno de ella "Madame de Chalais —escribe en sus "Memorias"— era una persona distinguida: su inteligencia, su lenguaje, la nobleza de sus maneras, el sonido de su voz, tenían un gran encanto... Le fuí agradable; ella me hizo conocer una dulzura que yo no había experimentado aún... El tiempo que pasé en Chalais dejó en mí una impresión profunda... Las costumbres de la nobleza en Perigord se asemejaban a sus viejos castillos, teían algo de grande y de estable; la luz penetraba poco, pero llegaba dulcemente. Se avanzaba con una útil lentitud..."

Conocía y gustaba apasionadamente la vida señorial y mundana del Siglo XVIII, reflejada en la "litratura del placer social" y alumbrada por "las luces de la voluptuosidad", cuando supo que habría de abrazar la carrera eclesiástica. En 1770 ingresó en el Seminario de San Sulpicio.

El muchacho es un ser extraordinario de quien Napoleón dirá: "Es el único con quien yo pudo hablar". Y no tiene vicación eclesiástica. El

estrago en su alma —durante los años de Seminario y los de la Facultad de Teología— será extraordinario también. El ha dicho a un sulpiciano, Henry de Bethisy, futuro Obispo de Ugés: “quieren hacer de mí un sacerdote; harán de mí un ser odioso”.

En Talleyrand el estrago será en primer lugar un afán de revancha. “Una esperanza inquieta y vaga —escribía más tarde como todas las pasiones de la juventud, exaltaba mi espíritu, atormentado sin cesar”. Afán acrecentador, reconcentrado, año tras año, al avanzar hacia el sacerdocio, aventado, por dos pasiones que en ese tiempo despertaron en él. De un lado los suyos para alentarle en el camino, le han mostrado en la Historia de Francia, —y también en la de otras naciones— el ejemplo de los hombres de la Iglesia que fueron Ministros: los Cardenales Richelieu, Mazarino, Dubois, Fleury y Bernis. Es así como el Poder, el poder político aparece a sus ojos como el gran instrumento del desquite, porque su alma era “la menos eclesiástica del mundo”. De otro lado ha conocido casualmente a Lucy —la joven y hermosa actriz Dorotea Dorinville— y esta mujer, casi una niña despertará en él otra pasión que formará —con el Poder, la riqueza y el juego— en la revancha de su vida futura.

En segundo lugar, será el estrago en este hombre extraordinario un fenómeno más difícil de percibir. Creyente, falto de vocación, año tras año camino del sacerdocio, incapaz de rebelarse o imposible la rebeldía, sintiendo día a día como un castigo lo que es en sí una gracia, su alma se ha ido secando. “Un ser odioso”, predijo él. “Cabeza de muerto”, escribió Chateaubriand equivocadamente. Corazón de muerto, sí. Repetiré un juicio de Jesús Pabou que viene al caso. “Los resortes de la emoción las fibras sensibles del hombre, se han ido extinguiendo al mismo tiempo que el estudio ha desarrollado su inteligencia prodigiosa. Será capaz de desoír, pero no de amor, podrá actuar en la obediencia forzosa, pero no en el servicio voluntario. De cualquier hambre se dice: “La pasión le ciega”. De Talleyrand se dirá que tiene inteligencia de “vidente”, porque ningún apasionamiento turbará su razón; preverá —no presentirá— los acontecimientos. Y apoyará o derribará hombres y situaciones sin escrúpulo alguno, porque jamás les ha otorgado su adhesión moral”.

En efecto, apliquemos este juicio. Esa previsión desapasionada del futuro, que le señala J. Pabou, es en él, constante y totalmente alejada del torpe “ventajismo” que aprovecha el último minuto que estamos acostumbrados a ver en nuestras “democracias contemporáneas, sin que se escape la nuestra. Se ha señalado como ejemplo característico, su separación real de Napoleón; Floret, agente austriaco, advierte a la Corte de Viena que, tras las victorias francesas de Ulm y Austerlitz y la paz de Presburgo, Talleyrand “deseaba ardientemente abandonar el Ministerio”; lo logró en Agosto de 1807, tras la Paz de Tilsit, en pleno apogeo del Imperio; “preveía la caída mucho tiempo antes”, escribe Louis Champagne; no le engaña luego la boda austriaca ni el avance del ejército de las veinte naciones sobre Rusia, del que pensará —y dirá, acaso— que es “el comienzo del fin”.

La inteligencia será en él una facultad prodigiosa, por encima de la voluntad torcida y de la extinguida sensibilidad. El fenómeno es asombroso, acaso único. El tormento de su carrera sacerdotal sin vocación, la lucha por la nacionalización de los bienes del clero, la consagración de los obispos juramentados, la excomunión papal, el matrimonio civil, la vida pública revolucionaria, la vida particular depravada, no han que-

brantado su fe religiosa. Las pruebas de esa realidad son muchas. "Nunca he dejado de considerarme hijo de la Iglesia", escribirá en trance de muerte sin faltar a la verdad.

Caso único entre los sacerdotes pasados a la Revolución, Talleyrand, en medio de la constante polémica con Roma, no pronunciará una palabra descreída o gresiva. Serprendentemente pedirá al Vaticano y hará pedir al Primer Cónsul, dispensa para su matrimonio. Atascará las negociaciones del Concordato en la llamada "cláusula de Madame Graud", porque regularía su situación de eclesástico casado. El príncipe de Maternich escribió con ocasión de su muerte: "Fué en el verano de 1825 cuando le ví por última vez en París. . . le hablé de él mismo, y me acuerdo de haber pronunciado en uno de nuestros coloquios (en los cuales jamás falta la intimidad) las siguientes palabras: —No olvidéis nunca que os queda un gran ejemplo que dar al mundo: será detestable o saludable según lo que sepáis decidir.— El me tomó entoces la mano y me dijo: —Creed mi querido Príncipe, que yo sé lo que debo a Dios y al mundo, guardad, pues, el alma en paz".

El gran escándalo de su vida tuvo su origen en las negociaciones diplomáticas franco-rusas; una derivación privada hizo que el sobrino de Talleyrand —Edmond de Périgord— se casara con la hija de la Princesa de Curlandia, que ha pasado a la Historia como Duquesa de Dino; la Princesa se dió a Talleyrand con arrebató de una última pasión; cuando puso fin a sus relaciones con la madura Princesa, el matrimonio Périgord, se había separado y la sobrina rigió desde entonces el hogar d su tío: hubiran bastado las lamntaciones de la madre abandonada para dar vida al rumor de los amores entre la joven Condesa de Périgord —"la bella y cautivadora sobrina de Talleyrand— y el viejo príncipe de Benavento. Fué élla la que le oyó decir: "si cayese seriamente enfermo, pediría un sacerdote. . .". Amante de la princesa de Curlandia, amante quizá de su hija la ahora Duquesa de Dino, Talleyrand, apagaba con los años la fieble de los malos deseos, amaba puramnt a la nieta, la hija de Edmond, Paulina de Périgord: la llamaba, con suave respeto, "el ángel de mi casa"; la veía, con los ojos serenos hecha mujer; gustada pasear con élla por las calles de París; cuidaba de la limpieza de su alma y la aguardaba en el carruaje mientras la niña se confesaba en el templo —el hombre vicioso nunca había dejado de percibir en la hermosura femenina una distinción esencial. Elizabeht Holland recordaba a su hijo, años más tarde, la frase con que Talleyrand había estimado la nítida belleza de Lady Kerry: "Es hermosa como Eva antes de pecar". Un buen día entraron ambos, tío y sobrina, el viejo Príncipe y la niña en la Iglesia de San Sulpicio, Paulina le vió transformarse extrañamente, en el recogimiento del hombre a quien el ayer se le torna mañana, a quien la súbita presencia del pasado hace meditar en el futuro inevitable; vuelto en sí, él se creyó obligado a excusarse: "aquí recibí el bautismo".

---

Talleyrand será a lo largo de su vida, un Don Juan, tal como el tipo es vulgarmente concebido; goza, se deja ama, no ama. A los dieciséis años el Seminarista Périgord de sonrosado samblante de querubín, era, bajo la sotana, el amante de la bella y diminuta actriz Dorotea Dorinville.

A los sesenta años, el anciano Príncipe de Talleyrand, que ya debiera

tener sensatez, mantendrá según dicen, las más íntimas relaciones con su joven sobrina Dorotea de Curlandia, Duquesa de Dino. Entre estas dos Doroteas, aquélla de 1772 y ésta de 1814, ¡cuántas mujeres una manía exenta de amor!

Esa manía se llevó a casarse con Madame Grand, "indiana" de Pondichery, hija de un francés, divorciada de un inglés, tan hermosa como tonta. El Primer Cónsul le dirá brutalmente: "Vuestra mujer parece muy estúpida". "¡Dios mío!" —responderá semi-distraído Talleyrand— tiene el talento de un rosa. Y en la réplica dejó encerradas las razones de la elección, del futuro abandono, de la indiferencia ante su muerte.

Este es, pues, uno de los perfiles de Talleyrand; el hombre de mundo. Primero el Cortesano aristocrático hecho sacerdote, que busca la revancha impulsado por su valta de vocación, sostenido por la convicción de una brutal injusticia que le ha arrebatado cuanto amaba y le pertenecía. Luego, el sacerdote se transforma en el gran señor. En efecto, tan pronto le sea adscrito el feudo de Benavento será, dentro y fuera de Francia, "El Príncipe". Hablará, encantado a los que le rodean por obra de su inteligencia y de su cultura. "Si la conversación de M. de Talleyrand se vendiese, —decía Madame de Stael— yo me arruinaría".

"Sóis el rey de la conversación en Europa", le dijo Napoleón. Y también: "Vos sabéis todo lo que yo no sé". Pero habitualmente permanecía en altivo silencio, que sólo cortaba alguna frase desprendida de su labio caído; y el silencio producía en torno suyo mayor encanto que la palabra porque estaba lleno de pensamientos insondables.

## B.— EL POLITICO

Al primer aspecto, —de origen familiar e índole privada— añadirá otro, no menos importante y de carácter público: el Poder que necesita para la revancha —riqueza, lujo, vicio—, ha de ser alcanzado por una época con la que está disconforme. Bisnieto de la Princesa de Chalais, hijo de un noble Teniente General del Ejército del Rey, Agente General del Orden Eclesiástico ante el Gobierno de su Majestad, Obispo de Autun a propuesta de Luis XVI, es un hombre plenamente formado en el siglo XVIII. Tiene treinta y cinco años cuando la reunión de los Estados Generales inicia la revolución. Desde entonces ha de luchar en un medio que no es el suyo, ha de servir situaciones y regímenes de los que le separa su concepción de la vida. Hombre de Corte, cuyos sentimientos e ideas pertenecen a la Francia de Luis XV, habrá de abrirse paso en la primera Asamblea Revolucionaria, tendrá que servir a la Revolución en todas sus formas. Convención, Directorio, Consulado o Imperio. Faltará, repito, esta adhesión; podrá abandonar a cualquiera de tales regímenes y a sus hombres, a los que no les unirá ni la conformidad ideológica ni la estimación personal.

La frase más repetida —la más reveladora— de las atribuidas a Talleyrand es ésta: "Los que no han vivido antes de 1879 no conocen la dulzura de vivir". A la Princesa de Lieven le susurrará: "¡Los viejos Gobiernos! Son los únicos donde hay tranquilidad y felicidad para los individuos...". Su mundo era "el mundo de los Embajadores", que, como Paléologue ha señalado hacía soñar en su vida provinciana a Madame Bovary; unos privilegiados, cuya existencia estaba "por encima de las demás, entre el cielo y la tierra", en las tormentas algo sublimes".

Político de "la medida", ha de emplearse en todo lo desmesurado que

la Revolución inicia. Un ejemplo claro del contraste nos lo proporciona su criterio ante la estrategia aceptada por sus compatriotas. El General Vacca Maggiolini, en su obra "Da Valmy a Waterloo", resume las "reglas" a que se atienen las guerras del Siglo XVIII.

La acción militar de Dumaniez, convertida e doctrina por Napoleón, se basaba en primer lugar —cambio de medios— el Ejército profesional substituído por la Nación en armas, lo que proporciona a Francia la superioridad numérica; en segundo lugar —cambio de fines— no se lucha por la conquista de una plaza o de un territorio, ganados un día y perdidos otro, sino por el aniquilamiento del Ejército enemigo. Entonces, el

adversario queda a merced del vencedor, y la victoria fulminante y completa permite la conquista ilimitada.

El pensamiento de Talleyrand es otro, y conforme a su siglo; Francia se formó por la asimilación paulatina y lenta de las tierras que el Rey adquiría; la victoria fulminante y la imposición al pueblo desarmado, no establecen nada duradero y sólo sirven para despertar en el vencido el impulso de la futura revancha; él cree solamente en la perdurabilidad de lo mesurado, acordado y pactado.

Su informe al Directorio, tras la Paz de Campo-Formio, —que encontramos en sus "Memorias"— advierte: "La querella, momentáneamente apagada por el asombro y la consternación del vendido no puede ser, por su naturaleza, definitivamente terminada por las armas, que son cosa de un día, mientras que el odio subsiste".

Por eso, repetimos, el juicio de Jesús Pabou acerca de la dinámica de Napoleón y su ministro "El ritmo diplomático de Talleyrand era otro que se había formado al compás de un andante de Mozart y le habían de ser intolerable la ejecución de la Heroica".

Una anécdota que nos sirve de ejemplo para confirmar este juicio: Al dejar el Ministerio a Champagny, dijo a su sucesor en la toma de posesión: "Fuera de algún empleadillo subalterno, que quizá cierre los pliegos y escriba los sobres con precipitación, todos tienen aquí la mayor calma, y se han desacostumbrado a tener prisa. Cuando haya Ud. tratado con el Emperador los asuntos e interés de Europa comprenderá la importancia de no apresurarse a despachar sus órdenes".

Más conocida es esta otra afirmación de Talleyrand: "Nunca hay que apresurarse; yo jamás me he apresurado y he llegado siempre".

Esta dualidad —del hombre y del político— que constituye su vida producirá el rasgo predominante de su carácter, aquel que le será indispensable en el luchar constante de su larga existencia; en medio de la agitación espantosa de su tiempo ha de ser un personaje impenetrable, imperturbable, impasible; sus contemporáneos se sentirán desconcertados ante el rostro hermético del hombre. Habrá de ser así, puesto que, disconforme con el quehacer de casi toda su vida, se considera "editor de las obras de los otros". Asegurará en otra frase célebre que "la palabra ha sido otorgada al hombre para que disimule su pensamiento".

La escena del 28 de Enero de 1809 no falta en ningún libro sobre Talleyrand, de los que he visto, claro que con variantes explicables. Su reconciliación con Foncera, que suponía una conspiración en marcha, hizo que el Emperador abandonase España precipitadamente, camino a París. El 28 de Enero, tras un Consejo Privado en las Tullerías, Napoleón retuvo a Cambaceres, Lebrún, Fouché, Degrelles y Talleyrand paseó por la sala aludiendo severamente a lo ocurrido durante su ausencia: "La

traición comienza...". Talleyrand apoyado en una consola porque su pie deforme le cansaba rápidamente pareció apartarse de todo, y desató la ira del Emperador. "Ladrón" fué la primera palabra de la feroz iectiva. Y la última frase se refirió a los amores de la Princesa de Talleyrand con el Duque de San Carlos.

Inmóvil el Príncipe, habló al fin: "Nunca pensé que ese informe pudiese interesar a la gloria de Vuestra Majestad ni a la mía". Y luego al salir exclamó: "qué lástima que un hombre tan grande esté tan mal educado".

¿Tuvo miedo, conforme ha dicho Madelín? ¿o no amaba a Madame Graud, ni la consideraba siquiera su mujer? Lo cierto es que, entre los demás aterrados, él directamente atacado no se inmutó.

Este fué su otro perfil. El político del siglo XVIII, que ha luchado en un mundo nuevo y contrario a sus convicciones para alcanzar el poder que le permita el desquite. En este desquite le sorprende la muerte en 1838. Sus últimos momentos tienen una fuerza dramática que impresionan al ansioso lector, una muerte fría y calculada como han sido todos sus actos. A pesar de los dolores de la agonía, conserva toda su lucidez, se retracta y pronuncia antes de expirar, al sacerdote que le asiste: "No olvidéis, señor abate, que soy Obispo".

Aun su conducta en el trance supremo ha sido objeto de críticas e interpretaciones. Paléologue estima en "Romantisme et Diplomatie" que en sus últimos momentos Talleyrand había seguido el axioma de toda negociación diplomática: "obtener lo más cediendo lo menos". Madelín, en "Talleyrand" se indigna ante la postrera conducta del hombre: "No era la muerte del gran culpable arrepentido que se golpea el pecho y exclama: ¡Señor, tened piedad de mí, que soy un pecador! Era la de un hombre que durante toda su vida ha calculado, pesado, reflexionado para llegar a sus fines...". Más, tanto Paléologue como Madelín olvidan o no toman en cuenta, que para cualquier gran pecador que ha conservado su fe, Dios en sus últimos momentos les concede su gracia y Talleyrand no había perdido la fe. Esto es para el hombre; en cuanto al político, acercarse a la Verdad había de ser una vuelta a la medida, un retorno a la Norma; y aún más en Talleyrand, había de ser la muerte del Obispo de Autun y como lo revelan sus últimas palabras al Sacerdote, atento rigurosamente a la Liturgia.

Solo ahora podremos repetir con Chateaubriand, que tiene "cabeza de muerto" cuando aludía a su expresión hermética. Sí, porque la impassibilidad del rostro con que llevó su vida proteica fué como la careta; una necesidad que impone la defensa de la cara, realidad y verdad que quieren conservarse en la mentira de la fiesta o en el juego del asalto armado. La vida, lanzándole a una doble falsedad, individual y social, al hacerse del Cortesano, un sacerdote y del aristócrata un revolucionario, le pervirtió, le enseñó a defenderse ocultando la verdad de sus ideas y despreciando toda moral en la acción. Pero la idea, la acción encadenadas en rigor lógico, existieron en él. Bastaría para sospecharlo al menos, el empeño que puso en ocultarlas. De este modo ha surgido el personaje histórico, enigmático para sus contemporáneos, proteico para sus biógrafos, traidor para algunos estudiosos de su destino.

*S. de los R. I.*  
(IV Año Hist. y Geogr.)